

La figura del *auceps* en el mundo romano: economía y religión

Santiago MONTERO

Universidad Complutense de Madrid

A Juan, que tanto amaba la naturaleza, no debió pasarle desapercibida –y quizá tampoco dejarle indiferente– una figura poco conocida como es la del *auceps*, la del cazador de aves o pajarero¹. En Roma irrumpe tardíamente. Los romanos tenían conciencia de que, inicialmente, los hombres se habían abstenido de matar y, consumir aves, al menos todas las silvestres, las que no eran de corral. Dicha costumbre se explicaba bien por las virtudes que se atribuían a los pájaros en el ámbito de la religión romana y de la mentalidad popular bien, sobre todo, por su proximidad a los dioses². Las aves comenzaron a conocer sus secretos y revelarlos a hombres mediante vuelo y canto:

“De nada os sirve todo ello, porque se os acusa de locuaces y los dioses opinan que vosotras descubrís sus intenciones. Esta acusación no es, sin embargo, falsa, pues, cuanto más cerca estáis de los dioses, más verídicos son los signos que proporcionáis, bien sea con el vuelo bien sea con el canto” (Ov., *F*. I, 458 ss.).

Ovidio, por ejemplo, cree firmemente en un pasado en el que las aves estuvieron largo tiempo a salvo mano del hombre y libres de todo temor, repudiando, por el contrario, los tiempos presentes en los que eran ofrecidas en la mesa y en el altar de los sacrificios:

“En otro tiempo habíais sido respetadas vosotras, aves, solaz del campo, raza inofensiva habitante de bosques, que construís nidos y bajo vuestras plumas incubáis los huevos; vosotras, que con sencilla voz emitís dulces melodías.” (Ov., *F*. I, 449-458)

“En cambio aquella antigua edad a la que hemos dado el nombre de edad de oro era feliz con los frutos de los árboles y con las hierbas que cría la tierra, y no ensució sus bocas con sangre. Entonces las aves agitaban seguras las alas por el aire (*Tunc et aues tuta mouere per aëra pennas*)...” (Ov., *Met*. XV, 96-99)

¹ No conozco ningún libro ni artículo sobre la figura del *auceps*. Remito pues a la voz “Vogelfang”, *Der Neue Pauly* 12/2, 290-291 y a mi libro *Augusto y las aves. Prodigio, exhibición y consumo en la Roma del Principado*, Barcelona, Publicacions Universitat Barcelona (en prensa). Agradezco al Departamento de Griego de la Universidad de Valladolid que me permitiera dar a conocer las principales conclusiones de este trabajo. El trabajo es fruto de mi proyecto de investigación (BHA 2003-02754).

² Cfr. E. AMATO, “Ovidio e l’*aurea aetas*: continuità di miti, continuazione di storie (a proposito di *Met*. XV, 104)”, *Latomus* 64, 4, 2005, 910-918.

Sin embargo, en último siglo de la República y particularmente durante el Principado de Augusto ese antiguo respeto fue desapareciendo gradualmente; el viejo temor religioso de los hombres hacia las aves se disipa³. Prueba de ello es, por ejemplo, la construcción del primer *aviarium*, a cargo del caballero Marco Lenio Estrabón “metiendo en la cárcel –dice Plinio *NH* X, 141– a animales a los cuales la naturaleza había asignado el cielo”. Durante los días festivos siendo obligado el descanso los agricultores estaban autorizados por los pontífices a realizar aquellos trabajos más necesarios y, entre ellos, tender sus propias trampas para pájaros:

“Y es que las leyes divinas y humanas permiten ejercer algunas ocupaciones los días de fiesta también: ningún precepto religioso prohíbe guiar de lo alto acequias, poner una cerca al sembrado, ingeniar trampas para los pájaros...” (...*rivos deducere nulla / religio vetuit, segeti praetendere saepem, / insidias avibus moliri...*) (Virg., *Georg.* I, 269-271).

Incluso, poco a poco, algunos ciudadanos, transformándose en cazadores, comenzaron a dedicarse a la caza de aves por simple diversión. Ovidio ofrece a sus lectores el consejo de cazar aves para olvidar el amor:

“Hay un entretenimiento más inocente, pero, a pesar de todo, entretenimiento: el de conseguir pequeños trofeos con la caza de aves, ya sea con red, ya con cañas” (*Lenius est studium, studium tamen, alite capta / aut lino aut calamis parva sequi*) (*Rem. am.* 207-208).

Linum y *calami* indican la red y la caña untada en la extremidad con un elemento viscoso que el pajarero profesional llevaba consigo. Propertio, alejado de Cintia, sacrificará animales a Diana pero advierte que su presa serán sólo liebres y pájaros: *excipere et stricto figere avem calamo*; el poeta se conforma con la caza de aves. No parece que esta práctica fuera frecuente entre poetas como Ovidio y Propertio pues ambos parecen recurrir en sus composiciones al tema del *venator amator* que es, en realidad, un instrumento de la disputa entre Venus y Diana por la suerte del amante infeliz. Horacio, en cambio, sí parece haber tenido una experiencia real en este ámbito⁴:

“Pues atrévase mi audacia a acechar tímidas liebres o herir, empuñando la flecha, un pájaro por donde el Clitumno cubre las hermosas corrientes con su bosque sagrado y sus ondas lavan niveos bueyes” (Hor., *Od.* II, 19, 23-25)

Para responder a esta nueva costumbre comenzaron a reservarse fincas con aves para ser cazadas como la finca de Méntula en Firmo donde, además de cultivo, prado, y venado también había *aucupium* (Catulo 114, 3). El propio Cicerón⁵ se

³ S. MONTERO, “El consumo de aves en la Roma de Augusto: *luxus* y *nefas*”, en *Connotaciones sacrales de la alimentación en el mundo clásico*, *Ílu. Revista de Ciencias de las Religiones* Anejos XII, 2004, 47-60.

⁴ Dehon PIERRE JACQUES, “Horace et la chasse”, *Latomus* 47, 1988, 830-833. Según el autor numerosos elementos atestiguan un vivo interés del poeta por la caza así como una cierta experiencia.

⁵ Cic., *Cato Maior de senectute*, 16.

lamenta de que el ocio se sustituya por la caza de aves: *etiam operis aucupium atque venatio*.

Pero en Roma fueron los niños y jóvenes quienes, en mayor medida, se apasionaron por la caza o captura de aves, propia de niños y jóvenes casi siempre con la finalidad de someterlas en cautividad. Se trataba, por lo general, de aves comunes como chovas, patos o codornices, las mismas con las que, según Plauto, jugaban en su época los “niños patricios” (*Captivi*, 1002). Desde César y Augusto los hijos de las grandes familias romanas fueron aficionándose a las aves exóticas o costosas como juguetes o entretenimientos como era el caso, por ejemplo, del estornino de Británico y Nerón niños⁶.

Un caso interesante es el de Primigenio, el esclavo de Equión, en la novela de Petronio⁷. Tenía entre los diez y los catorce años y era inteligente y con grandes aptitudes para el estudio aunque, añade su dueño, “tiene la debilidad por las aves. Ya le maté tres jilgueros y le dije que se los había comido la comedreja”. La expresión *aves morbosus* indica, en cualquier caso, su pasión por la caza de pájaros. Primigenio se dedica a capturar aves en el campo, fuera de las horas de estudio; las sustraía de los nidos, robaba los huevos o los capturaba cuando aún no sabían volar con la intención de domesticarlas y someterlas a cautividad. Una vez enjaulada la *cardelis*, algo distraía al muchacho: no era tanto el color de su plumaje como su deseo de adiestrarlo. F. Capponi⁸ cree que el niño trataba de que obedeciera sus órdenes con la voz, con las patas o el pico.

Otro caso, esta vez real, es el del hijo del poderoso Régulo (h. 88 d.C.) que jugaba con ruiseñores, papagallos y merlos: *habebat lusciniás, psittacos, merulas* (Plin., *ep.* IV, 2, 3). Muerto prematuramente, las aves fueron quemadas en una hoguera acompañando al cadáver en una manifestación –dice Plinio– no de dolor sino de ostentación del dolor: *sed ostentatio doloris*. También Frontón, según narra él mismo, siendo niño, contaba para la captura de aves con la ayuda de su esclavo o liberto *Aridelus* (*epist.* 112).

En cualquier caso, esta afición rara vez fue propia de adultos y desde luego nunca de aristócratas o emperadores. No tenemos noticia de que ninguno de ellos se dedicara a matar pájaros como deporte, ni siquiera como preparación militar, a diferencia de lo que ocurría en el mundo griego. Así, Jenofonte expone las ventajas que reporta la caza de pájaros entre los militares (*Ciropaedia* I, 6, 39) y Alejandro se entretenía cazando pájaros antes de entrar en combate (Plut., *Alex.* 23, 4)⁹.

En Roma no tardó, por tanto, en aparecer la figura del pajarero: el *auceps* o cazador profesional (de *avis* y *capio*) y con él la depuración de las técnicas de la captura de aves silvestres que Grecia, sin embargo, conocía desde mucho tiempo antes:

⁶ Los jóvenes Césares, Británico y Nerón tenían un estornino y ruiseñores capaces de emitir palabras griegas y latinas; dichas aves estudiaban cada día y pronunciaban nuevas palabras e incluso largas frases: Plin., *NH* X, 120.

⁷ *...ingeniosus est et bono filo, etiam si in aves morbosus est. Ego illi iam tres cardeles occidi, et dixi quia mustella comedit: Satir.* 46, 3-4. Cfr. Fr. GAIDE, “Primigenius et les oiseaux (Petronie 46)”, *Latomus* 52, 2, 1993, 386-388.

⁸ F. CAPPONI, “Note a Petron. 46, 3-7”, *Invigilata Lucernis* 17, 1995, 43.

⁹ H. RÉZETTE, “La chasse dans l’oeuvre de Xénophon”, *RBPh* 25, 1946-1947, 944.

“Como tordos de gráciles alas / o palomas cogidas en lazo cubierto de hojas / que, buscando un descanso, se encuentran su lecho de muerte, /... (Hom., *Od.* XXII, 468-470).

En Grecia el pajarero (*ixeutês, ornitheutês*) no era una figura socialmente aceptada quizá debido tanto a la debilidad y sacralidad del animal que perseguía como a la crueldad de sus técnicas, denunciada ya por Aristófanes:

“Con que todos os tenáis antes por grandes y santos y ahora por esclavos, estúpidos y Manes. Igual que a los locos os tiran ya piedras y en los templos todos los pajareros colocan contra vosotros lazos, trampas, varas, cercadillos, alambradas, redes y tramas; y luego cuando os atrapan os venden a todos juntos y compradores os magrean para ver si estáis gordos. Y si les da la gana, no os sirven a la mesa simplemente asados, sino que os echan encima queso, aceite, silfio y vinagre o preparando una salsa diferente, dulce y grasienta, os la echan por encima bien caliente, como si fueseis carroña seca” (*Las aves* 521-539).

Un testimonio claro en este sentido es, sin duda, el de Platón para quien la caza de aves era “ocupación nada propia de un hombre libre”, proponiendo expulsar al pajarero de las tierras cultivadas o de eriales sagrados y relegarlo al monte:

“...Ni que tampoco a ninguno de los jóvenes sobrevenga la pasión seductora de la caza de aves, ocupación nada propia de un hombre libre...Con respecto a todas estas cosas pueden servir de encomio o de reprobación las palabras que quedan dichas, y la ley será como sigue: “A estos cazadores que realmente pueden ser calificados de sagrados [que con caballos, con perros y esfuerzo personal cazan a cualquier especie de cuadrúpedos], que nadie les impida que cacen donde y como quieran, pero al noctívago que fía en las trampas o redes, a ese que nadie jamás le permita cazar en ninguna parte; y al pajarero no se le estorbe en los barbechos ni en el monte, pero que le expulse todo el que se lo encuentre en tierras cultivadas o en eriales sagrados...” (Platón, *Las leyes* 824a) (trad. M. Fernández-Galiano)

Es difícil saber cuándo aparece en Italia la figura de este profesional. En el teatro de Plauto se citan con frecuencia los términos *auceps*, *aucupium*, *aucupavi* como en el siguiente pasaje:

“Y qué ha sido de ese dinero?
Comido, bebido, evaporado en perfumes, derrochado en los baños. Se lo llevó el pescador, el panadero, se lo llevaron los carniceros, los cocineros, los verduleros, los perfumistas, los pajareros” (Plauto, *Trin.* 408).

Pero J. Aymard, gran estudioso de la caza romana, advirtió que no puede excluirse un modelo griego (10). Tampoco el arte de la época se interesó por su represen-

¹⁰ “Der grosse Aufschwung der Geflügelzucht in Italien seit dem 1 Jh. v. Chr” puede leerse en el *KPW* Band 2, 712 s.v. *Geflügelzucht*. J. Aymard, *Essai sur les chasses romaines*, Paris 1951, 36 y la recensión de G. Picard en *JS* 1951, 72-85

tación aunque Plinio (*NH* XXXVI, 116) menciona *aucupes* en los paisajes del pintor *Studius*, de época augústea.

El *auceps* cazaba las aves siempre vivas, casi nunca dándoles muerte. Merece la pena recordar en este sentido un texto de Opiano:

“Verdaderamente, ni para el pescador de caña ni para el que captura pájaros con liga, la caza está desprovista de esfuerzo, pero su fatigosa tarea únicamente va acompañada de deleite, no de matanza, y están libres del derramamiento de sangre” (*Kyng.*, I, 52-56).

Pero una vez se había hecho con la presa ésta podía tener muchos destinos siendo el principal de ellos, la mesa. El contacto de Roma con el mundo griego y el surgimiento del comercio romano en el Mediterráneo favorecieron una creciente demanda de productos de lujo en el banquete romano. La estructura del banquete varió considerablemente al dejar de estar basada en el principio de igualdad entre los participantes y transformarse en un instrumento de propaganda política y formación de grupos clientelares. A mediados del siglo I a.C., se conocieron nuevas experiencias en el consumo de animales; J.M. André habla de “nouveté et d’exotisme dans l’alimentation”¹¹ del que el célebre Mecenas dio prueba introduciendo la costumbre de comer carne de asno (Plin., *NH* VIII, 170). Las aves no fueron una excepción: la grulla, la cigüeña, el tordo o el ruiseñor pasaron a ser consumidos en los banquetes por primera vez. Un vistazo al recetario de Apicio es quizá suficiente. La sociedad romana –y la clase aristocrática en particular– incurrió en una actitud de cierto cinismo cuando rechazaba la figura del *auceps* y sus execrables técnicas de caza pero consumía en las mesas sus capturas a veces –y esto es lo más asombroso– coincidiendo con una *cena auguralis* en la que se celebraba la admisión de nuevos miembros al colegio de los augures o pontífices (Varr. *Rust.* III 2, 16; Macrob., *Sat.*, III, 13, 10).

Como consecuencia de esta moda, la captura de aves (*aucupium*) para la venta, consumo y cria (se trata siempre de especies silvestres pues las domésticas se criaban en los *volaria*) se intensificó notablemente.

Otra actividad del *auceps* era cazarlas vivas y venderlas para su exhibición sobre todo con el fin de que hablen (urracas) o canten (mirlos, ruiseñores). A. Licinio Arquias, un cliente de Cicerón, dejó un epigrama en el que advertía cómo los dioses protegen especialmente a las aves cantoras de las trampas de los *aucupes*:

“Un mirlo persiguió a unos tordos por encima de un vallado
y con ellos cayó en el pliegue de una aérea red.
A éstos la cuerda los aprisionó firmemente sin escapatoria posible;
sólo a él dejó salir de la entrelazada celada:
sagrada es ciertamente la raza de las aves canoras,
pues incluso una simple trampa respeta a esos pájaros” (*Antol.Palat.* IX 343).

¹¹ J.M. ANDRÉ, *Le siècle d’Auguste*, Paris 1974, 41. Sobre el banquete: I. Gozzini Giacosa, *Mense e cibi della Roma antica*, Casale Monferrato, 1995; M.D. Dunbabin, *The Roman Banquet. Images of conviviality*, Cambridge, 2003 con referencia a otros trabajos anteriores suyos sobre el tema.

Durante la dinastía Julio-Claudia asistimos a un incremento de las importaciones de aves venidas de Oriente (papagayos, loros) que la aristocracia romana reclamaba, lo que obliga a pensar en una red de *aucupes* en estos países de origen de la que nada sabemos.

Dos textos de Marcial ofrecen un interesante dato: la costumbre de regalar aves silvestres en la fiesta de los Caristia (22 febrero) lo que autorizaría a pensar en una fuerte demanda de aves silvestres durante el mes de febrero:

“Si el tordo se pusiese amarillo para mí con la aceituna de Piceno, o el bosque de Sabina tendiese mis redes, o la presa de poco peso fuese arrastrada por mi caña alargada, y mi varilla engrasada retuviese los pájaros pegados a ella (*Si mihi Picena turdus palleret oliva, / tenderet aut nostras sila Sabina plagas, / aut crescente levis traheretur harundine praeda / pinguis et implicitas virga teneret avis*), el parentesco querido que nos une te haría el regalo que es habitual y no serían antepuestos a ti ni un abuelo ni un hermano. Ahora el campo oye el canto de los débiles estorninos y la queja de los pinzones y celebra la primavera con el trino meledioso de los gorriones; por un lado el labrador responde a la picaza que lo ha saludado, por otro el milano rapaz se alza volando casi hasta las estrellas que brillan en lo alto. Te envío, pues, unos regalillos de mi corral; si los aceptas tal como son, serás frecuentemente mi pariente” (Marc., IX, 54)

“El día de los parientes, en el que se envía gran número de aves (*Luce propinquorum, qua plurima mittitur ales*), mientras preparo unos tordos para Estela, mientras los preparo para ti, Flaco me viene a la memoria la multitud ingente y gravosa en la que cada uno se considera el primero e íntimo amigo mío...” (Marc., IX, 55).

Más excepcional parece la presencia de los *aucupes* en los banquetes de la que tenemos constancia sólo por Petronio:

“Ahora bien, para trinchar el jabalí no se presentó el conocido “Trincha” que había hecho las porciones al servir las aves de corral; acudió un barbudo gigante, con las piernas fajadas y una cazadora jaspeada. Echó mano a su puñal de caza y descargó un fuerte golpe al costado del jabalí: por el boquete de la herida salieron volando unos tordos. Ya estaban a punto unos pajareros con sus cañas de liga, y en un instante se hicieron con las avecillas que revoloteaban por el comedor” (Petr., *Sat.* 40, 6).

En el *aucupium* (*ornitheutiké, ixeutikà* en griego) se recurre a un mismo empleo de trampas: lazo, la red (gr. *diktyon*=lat. *Rete*) o la vareta (gr. *ixós*=lat. *harundo*)¹² pero las fuentes rara vez se detienen en su descripción. Columela (VIII, 10) habla de las “variadas trampas de pajareros” con las que éstos capturan palomos torcaces o comunes sobre todo en lugares próximos a las ciudades. Sin entrar tampoco en detalles técnicos, Ovidio compara el castigo que el dios Baco inflige

¹² Sobre las técnicas del *auceps*: A. BÖHR, “Vogelfang mit Leim und Kauz”, AA 1992, 573-583. Desgraciadamente no he podido consultar: K. Lindner, *Beiträger zu Vogelfang und Falknerei in Altertum*, Berlin 1973. En general, vid. P.L. DUCHARTRE, *Histoire des armes de chasse et de leurs emplois*, Paris, 1955.

a las matronas por causar muerte de Orfeo con las aves cuando caen en la trampa del *auceps*:

“Y del mismo modo que el ave, cuando ha enredado su pata en el lazo que ocultó el astuto cazador y así se advierte retenida, aletea y con sus angustiados movimientos aprieta sus ligaduras, así cada una de las mujeres, al quedar sujeta y encadenada al suelo, empavorecida intentaba en vano la huida”.

*Utque suum laqueis, quos callidus abdidit auceps,
Crus ubi commisit volucris sensitque teneri,
Plangitur ac trepidans adstringit vincula motu,
Sic, ut quaeque solo defixa cohaeserat harum,
Exsternata fugam frustra temptabat; (Met. XI, 73-77).*

Por su parte Horacio se limita también a su enumeración:

“Y, al mandar el año del tonante Jove
invierno y lluvias y nieves,
al jabalí acosa con grande jauria
hacia las redes o planta
en lisa pértiga trampas de ancha malla
para el voraz tordo o caza
con lazo a la tímida liebre o peregrina grulla
botín placentero”.

*At cum tonantis annus hibernus Iovis
imbres nivesque comparat,
aut tradit acris hinc et hinc multa cane
apros in obstantis plagas
aut amite levi rara tendit retia,
turdus edacibus dolos,
pavidumque leporem et aduenam laqueo gruem
iucunda captat praemia (Hor., epod. II, 29-36).*

¿Se sirvieron los *aucupes* de aves rapaces para cazar a otras aves menores? Aristóteles (*NA* 620a-b), Plinio (*NH* X, 23), Plutarco (*De sollert. animal.*, 961), Eliano (*HA* I, 29) y más tarde Opiano (*Kyneg.* I, 62-66) mencionan la colaboración del halcón o la lechuza con el pajarero en la caza de aves, lo que, por tanto, podríamos considerar los precedentes de la cetrería medieval.

Podemos suponer que el *auceps* debía reunir un buen número de cualidades: conocimiento del medio y de las costumbres animales, sigilo y atención, habilidad para preparar las trampas, reclamo mediante determinados sonidos. Ninguna fuente alude a ellas salvo alguna rara excepción:

“Si, mientras pasea eructando versos con la cabeza erguida, / cual pajarero absorto en los mirlos...” (*si veluti merulis intentus decidit auceps*) (Hor., *Ars.* 458).

Curiosamente el texto que más específicamente alude a la figura del *auceps* pertenece a los *Astronomica* de Manilio, un poema astrológico compuesto entre los

años 9 y 22 d.C. cuyo libro V describe la constelación de Cisne bajo la cual nacen aquellos que se entregan a las aves de diversa forma, los que enseñan a los pájaros el lenguaje humano o los crían para su venta:

“Cuando Arquero [Sagitario] ha emergido por completo de las aguas, bajo el decimotercer grado de esta fiera el plumoso Cisne, formado por estrellas, vuela al cielo con sus resplandecientes alas. Al salir, a la par que lleva consigo la luz y abandona a su madre, él mismo llamará también al esfuerzo y a las riquezas a los habitantes del aire y a la raza alada, destinada al cielo. Fluirán mil habilidades: declarar la guerra al mundo, capturar aves en medio de su vuelo, matarlas en sus nidos o bien tender redes que se alzan sobre las que descansan en las ramas o se alimentan en el suelo.No te pasen por alto los que se complacen en alimentar las aves de Venus [la paloma] encerradas en lo más alto de los tejados, devolverlas al cielo, volverlas a llamar por medio de determinadas señales, ni tampoco los que por toda la ciudad llevan en jaulas aves preparadas para lo que se les mande, hombres cuya riqueza total consiste en un pequeño pájaro. Éstas son las cualidades y otras semejantes otorgadas por el áureo Cisne” (*Astronom.* V, 364-379).

Por último ¿estaban los *auceps* –dados los poco gratos o discutibles objetivos de su trabajo– bajo protección de algún dios? La única referencia que tenemos es la del dios etrusco Vertumno (13) que presidía el cambio de las estaciones, del aspecto de la naturaleza y que en la ciudad de Roma disponía de un pequeño santuario. Propertius dice de él que era el “dios protector de caza de aves implumadas”:

“Voy de caza cuando llevo las redes a mi espalda: pero cuando tomo la varetta de liga soy un dios protector de la caza de emplumadas aves” (*Cassibus impositis venor: sed harundine sumpta / fautor plumoso sum deus aucupio*: IV, 2, 34-35).

Pero los *auceps* intervinieron también en vida religiosa. Desde los tiempos de la Segunda Guerra Púnica la aparición –incluso en pleno día– de un búho en ciudad (quizá en el pomerium) o de cualquier ave en el interior de un templo era considerada un grave prodigio, como se desprende de la siguiente relación:

218 a.C.: “Un cuervo había bajado volando hasta el templo de Juno (de Lanuvio) y se había posado en el mismo pulvinar” (Liv. XXI, 62, 4).

214 a.C.: “Unos cuervos habían hecho un nido en el interior del templo de Juno Sospita en Lanuvio” (Liv. XXIV, 10, 6)

208 a.C.: “En Caere, un buitre había entrado volando en el templo de Júpiter” (Liv. XXVII 23, 3).

203 a.C.: “Se creía que los cuervos no sólo habían picado con sus picos el oro en el Capitolio, sino que incluso se lo habían comido” (Liv. XXX 2, 9-10).

¹³ Sobre el dios Vertumnus cfr. D. SEGARRA, “Las coordenadas espacio-temporales del dios Vertumnus”, en *Transcurrir y recorrer. La categoría espacio-temporal en las religiones del mundo clásico*, Roma, 2003, 129-163 con la bibliografía. Sobre la caza en Etruria: J.R. JANNOT “La chasse en Étrurie. A propos d’un livre récent”, *RBPh* 63,1985, 116-120.

165 a.C.: “Un cisne que se había metido en el templo de la Victoria se escapó de las manos de sus captores” (*In templum Victoriae cygnus inlapsus per manus capientium effugit*: Obs. 14).

135 a.C.: “Se escuchó el canto de un búho primero en el Capitolio y después en las inmediaciones de la ciudad. Se ofreció una recompensa y *el ave fue capturada por un pajarero y quemada*; sus cenizas fueron esparcidas por el Tíber” (*Quae avis praemio posito ab aucepe capta combistaque; cinis eius in Tiberim dispersus*: Obs. 26).

134 a.C.: “En el Capitolio durante la noche un ave emitió gemidos parecidos a los humanos” (Obs. 27)

133 a.C.: “En Roma fueron vistos un búho y otra ave desconocida” (Obs. 27 a)

125 a.C.: “Fue visto un búho en el Capitolio” (Obs. 30)

122 a.C.: “Fue visto un búho en el Capitolio” (Obs. 32)

108 a.C.: “Un pájaro incendiario y un búho fueron avistados en la ciudad” (Obs. 40)

104 a.C.: “Se vió un búho en las afueras de Roma...” (Obs. 43).

99 a.C.: “Al haber sido visto un búho en Roma, la ciudad fue purificada...” (*Bubone in urbe visa urbs lustrata*: Obs. 46).

98 a.C.: “Cuando se estaba haciendo un sacrificio expiatorio por haber sido visto un búho en el Capitolio sobre las estatuas de los dioses, la víctima, un toro, se desplomó sin vida” (*Bubone in Capitolio supra deorum simulacra viso cum piaretur, taurus victima exanimis concidit*: Obs. 47).

96 a.C.: “En el Capitolio se dio muerte a un búho” (*Bubo in Capitolio occisus*: Obs. 49).

94 a.C.: “Se avistó un pájaro incendiario y se le dio muerte” (*Avis incendiaria visa occisaque*: Obs. 51).

93 a.C.: “En el templo de Apolo en Roma fue atrapado un milano” (*Milvus in aede Apollinis Romae comprehensus*: Obs. 52).

92 a.C.: “Un búho se murió *entre las manos de los que lo capturaron* en el templo de Fortuna Ecuestre” (*Bubo in aede Fortunae Equestris comprehensus inter manus expiravit*: Obs. 53).

Son, sobre todo, cuervos, buitres, milanos, búhos, es decir, aves carroñeras que se alimentan de carne las que protagonizan en mayor medida los prodigios quizá porque llevando a las alturas las miasmas de la carne y la sangre alteraban y contaminaban el espacio. En Roma su presencia en el interior o en las proximidades de un templo era considerada un prodigio que obligaba a realizar tres operaciones: 1. capturar el ave (*comprehensus* se dice repetidamente); 2. incinerarla; y 3. proceder a una expiación. Obsecuente, siguiendo a Livio, dice que en el año 99 a.C. al haber sido visto un búho en Roma, la ciudad fue purificada (*lustrata*: Obs. 46). Un año después, tras haberse visto otro búho en el Capitolio, se ordenó un sacrificio expiatorio (Obs. 47). La alusión a la *procuratio* no deja lugar a dudas del carácter prodigial atribuido al acontecimiento. Las autoridades romanas ordenaban que el ave fuera inmediatamente capturada por un *auceps* a cambio de una recompensa, que se la incinerase y sus cenizas fuesen arrojadas al Tíber como ocurrió en el 135 a.C.: *Quae avis praemio posito ab aucepe capta combistaque; cinis eius in Tiberim dispersus* (Obs. 26). La suerte del ave es pues la misma que la del *monstrum* o del andrógino ya que –como éstos– pertenece a la categoría del prodigio¹⁴.

¹⁴ En general sobre los prodigios: F. LUTERBACHER, *Der Prodigien Glaube und Prodigienstil der Römer. Eine historisch-philologisch Abhandlung*, BURGDORF, 1880; R. BLOCH, *Les prodiges dans l'Antiquité classique*,

Sabemos que en Grecia los pájaros eran expulsados con frecuencia de los santuarios, generalmente por los propios sacerdotes, posiblemente porque sus excrementos contravenían la pureza del lugar sagrado. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrirá en Roma, no parece que se les matara. Así, en Eurípides, *Ion*, guardián y pajarero del templo Apolo de Delfos, velando por la limpieza y el buen orden del recinto sagrado, interpela con su arco a las palomas del oráculo délfico tratándolas como enemigos personales:

“Y a las bandadas de alados
que estropean los venerables exvotos,
con mi arco y mis flechas en fuga pondré.
Pues como ni padre ni madre tengo,
a los templos de Febo que me criaron sirvo.

.....

(se acercan unos pájaros que amenazan con posarse sobre el templo)

¡Eh, eh!

¡Ya van y vienen y abandonan
los alados sus nidos del Parnaso!

¡Digo que no os acerquéis a los frisos
ni al dorado templo!

¡Te atraparé con mi arco y flechas,
heraldo de Zeus, que a las aves de ganchudo pico en fuerza vences!

¡Aquí, a la escalinata, llega remando otro cisne!

¿No vas a mover tu pata colarada en otro sitio? ¡En nada

la lira, compañera de Apolo
en los cantos, va a defenderte de mi arco!

¡Aparta de aquí tus alas!

¡Ve a posarte en la laguna de Delos!

¡Vas a proferir ayes de dolor si no me obedeces,
en vez de tus cantos de bellos sonos!

¡Eh, eh!

¿Qué nuevo pájaro es ese que se acerca?

¿Acaso bajo los frisos un nido de briznas de paja
está haciendo para sus polluelos?

¡Los salmos de mis flechas te lo impedirán!

¿No me haces caso? ¡Vete a los remolinos
del Alfeo y cría allá tus hijos,

o a los valles del Istmo,
para que no se estropeen los exvotos
ni el templo de Febo!

¡Mataros me da vergüenza,
pues los mensajes de los dioses anunciáis
a los mortales! Inmerso en estas faenas
de Febo seré esclavo y no cesaré

de prestar servicio a quienes alimento me dan” (*Ion* 106-184) (trad. A. Martínez).

Paris, 1963 (=Buenos Aires, 1968). B. MACBAIN, *Prodigy and expiation: a study in religion and politics in Republican Rome* (Coll. Latomus 117), Bruxelles, 1982; V. ROSENBERGER, *Gezähmte Götter. Das Prodigienwesen der römischen Republik*, Stuttgart, 1998.

Las aves, procedentes del Parnaso salvaje mancillan, contaminan con sus excrementos o haciendo nidos en el interior del templo de Apolo, dios de la pureza. Pero Ión no mata a las aves (águila, cisne) quizá porque son mensajeras de los dioses, quizá también porque si lo hiciera comprometería gravemente la pureza del templo¹⁵.

No sabemos si esa captura y expulsión de las aves de los templos griegos y romanos era una iniciativa compartida por todos o había quienes consideraban que los pájaros tenían también “derecho de asilo” y, una vez en el interior del templo, eran intocables. Recordemos el episodio en el que el dios Apolo interviene ante Aristódico de Cime que había alejado de su templo a los tordos y otras clases de pájaros anidadas interior:

“Entonces Aristódico, con premeditación, hizo lo siguiente: rodeando el templo en círculo, alejaba a los tordos y a cuantas otras clases de pájaros estaban anidadas en el templo. Al hacer él tales cosas se dijo que una voz se produjo desde el interior del templo, lanzada contra Aristódico, y que decía lo siguiente: “¡Oh tú, el más impío de los hombres!, cómo te atreves a hacer esto? ¿A mis suplicantes expulsas del templo?” (Her. I, 159, 3).

Roma compartió con el mundo griego la preocupación por mantener alejadas a las aves de los templos a fin de evitar cualquier tipo de impureza o contaminación pero a partir del siglo II a.C., quizá por influencia aruspical, dicha presencia pasó a ser considerada un grave prodigio, haciéndose obligada su captura no a cargo del *aedituus* sino de un profesional, como era el *auceps*.

Esta costumbre explica quizá lo ocurrido cuando una lechuza (*noctua*) no dejaba dormir a Augusto en una de sus *villae*. La lechuza, pequeño rapaz nocturno, de ojos redondos y grandes, comparte con el búho y otros pájaros nocturnos maleficios y desgracias (Eliano, *HA* I, 29) y no era ave de buen augurio y probablemente su canto nocturno atemorizó a Augusto. En Grecia se asociaba a la diosa Atenea (*Athene noctua*) pero en el mundo romano se ha observado que nunca fue el pájaro de Minerva. La anécdota nos la transmite Macrobio:

Etiam militis non libertatem tantum sed et temeritatem tulit. In quadam villa inquietas noctes agebat, rumpente somnum eius crebro noctuae cantu. Prendendam curavit noctuam miles aucupii peritus, et spe ingentis praemii pertulit. Laudato imperator mille nummos dari iussit. Ille ausus est dicere: “Malo vivat”, avemque dimisit. Quis non miratus est non offenso Caesare abisse militem contumacem? (Macrobi., *Sat.* II, 4, 26).

“También a un soldado le toleró [Augusto] no sólo libertad de palabra, sino una desconsiderada insolencia. En una casa de campo pasaba noches inquietas porque le interrumpía con frecuencia el sueño el grito de una lechuza. Un soldado, hábil en la caza de pájaros (*aucupii peritus*), tomó cuidado de capturar la lechuza y se la llevó en la esperanza de recibir un premio vistoso. El general lo elogió y ordenó darle mil sestercios; éste osó replicar: “Prefiero que viva” y dejó volar el pájaro. ¿Quién no queda asombrado de que César Augusto, sin sentirse ofendido, haya dejado marchar a aquél soldado arrogante?”.

¹⁵ Sobre el papel de las aves en dicha tragedia: M. H. GIRAUD, “Les oiseaux dans l’*Ion* d’Euripide”, *RPh* 61, 1, 1987, 83-94.

Sorprende de la noticia que el pájaro no fuera muerto, sino que –siguiéndose quizá las instrucciones del propio Augusto– fuera capturado. Podría hacerse del episodio una lectura religiosa ya que recuerda mucho las intervenciones de los *aucupes* en los templos de Roma cuyo objetivo era, como hemos visto, dar captura al animal como si la *villa* del emperador sustituyese al *templum* o espacio sagrado. En cualquier caso, su captura no debió ser fácil. Corrió a cargo no de un *auceps* pero sí de un soldado experto en la caza de aves (*militis... aucupi peritus*) quien debió de considerar insuficiente la suma pagada por el emperador dejando libre al animal. Augusto, *non offenso*, dejó a su vez marchar al soldado.

Los pitagóricos fueron quizás los mayores enemigos de la caza de pájaros y, por consiguiente, de la figura del *auceps*. Ovidio pone en boca de Pitágoras las siguientes palabras:

“¡Qué perversos hábitos practica y cuán impiamente se prepara para un festín de sangre humana el que corta con el hierro la garganta de un ternero... o el que es capaz... de alimentarse con un ave a la que él mismo ha dado de comer (*aut alite uesci, cui dedit ipse cibos!*)... Quitad las redes, los cepos, los lazos y las trampas ingeniosas. No engañéis al pájaro con la vara embadurnada de muérdago ni sorprendáis con las plumas que los espantan ni ocultéis con traicioneros cebos los ganchudos anzuelos (*retia cum pedicis laqueosque artesque dolosas / tollite, nec volucrem uiscata fallite virga, / nec formidatis cervos illudite pennis, / nec celate cibus uncos fallacibus hamos*); destruid lo que hace daño, pero incluso esto destruidlo y nada más: que vuestras bocas estén libres de esa pitanza y muerdan alimentos mansos” (*Met.* XV, 474-479).

El poeta hace suyas las ideas pitagóricas: matar a un animal constituye un comportamiento impropio del hombre y abre la vía al crimen; la violencia contra los animales y, en particular contra las aves, conduce a la violencia contra el hombre calificando, además, dicha práctica de “muerte impía” (id., XV, 127: *caedes tale nefas*). La condena, pues, de la práctica de la *aucupatio* es clara. Pitagóricos y epicúreos tenían prohibido entre ellos comer carne de animales y consumían sólo alimentos que no necesitaban fuego (16). La razón –bien conocida– de dicho tabú descansaba en la creencia en la inmortalidad de las almas (metempsícosis) : el animal muerto podía ser la reencarnación del alma, especialmente tratándose de un ave:

“Es más, una vez que el túmulo haya cubierto mis huesos... sin embargo, metamorfoseada mi figura, sea que me transforme en caballo, en galopar los pelados campos diestro, o sea toro, galardón de la lenta manada, o ya pájaro a través del puro cielo me desplazara con mis alas (*sive ego per liquidum volucris vehar aera pennis*), no importa en qué momento un largo devenir me recupere como ser humano...” (Tíbulo VII=IV, 1, 204-210).

¹⁶ R. TURCAN, “L’âme-oiseau et l’eschatologie orphique”, *RHR* 155, 1959, 33-40, sobre la representación del alma-pájaro esta extendida en época helenística y romana y su relación con la teoría de la reencarnación. Cfr. F. DELLA CORTE, *Il vegetarianismo in Ovidio*, Roma, 1985.